

LOS LOBOS DE LA LUNA

FRANK QUASAR

© Frank Quasar 2007
Todos los derechos reservados

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación del texto sin autorización expresa del titular de la propiedad intelectual.
La infracción de los mencionados derechos puede ser constitutiva de delito.

PUEDES IMPRIMIRLO SI PREFIERES LEER SOBRE PAPEL

Recomendamos seleccionar en la impresora la opción
IMPRIMIR 2 PÁGINAS POR HOJA
con el objeto de ahorrar papel y ver el texto en el mismo formato que la novela original.

PRÓLOGO

UN CADÁVER EN EL VERTEDERO

Los dos adolescentes atravesaron la calle a la carrera y se refugiaron en el oscuro callejón ocultándose tras unos sucios contenedores de basura. Una cabeza coronada por una gorra de béisbol puesta del revés asomó por encima de uno de ellos, pero volvió a desaparecer de inmediato en cuanto vislumbró el descapotable decorado con llamas rojas que circulaba lentamente por el otro extremo de la calzada.

—¿Qué pasa? ¿Los has visto? —susurró Billy Boy al oído del de la gorra.

—¡Calla, cabrón, están ahí mismo! —contestó *el Navajas*, aferrando el instrumento que le había valido su sobrenombre.

Cinco negros armados con cadenas, bates y pistolas ocupaban los cinco asientos del coche. Todos vestían de manera similar, con brillantes camisas de colores y abundantes adornos metálicos en cuellos, muñecas y orejas. Ninguno tenía más de veinte años. Sus miradas, torvas y amenazadoras, escudriñaban en todas direcciones al paso del vehículo, mas no vieron a los dos jóvenes escondidos tras el contenedor.

El Navajas y su compañero esperaron a verlos desaparecer tras la esquina y entonces salieron corriendo en dirección contraria como almas que lleva el diablo.

La noche era cerrada y ninguna farola iluminaba el desolador arrabal que atravesaban. Cochambrosos edificios con herrumbrosas escaleras de incendios exteriores se alzaban a su alrededor como fantasmas de un pasado mejor. Pocas ventanas conservaban sus cristales y no se veía luz tras ninguna de ellas. Las calles estaban completamente desiertas, sucias, con los contenedores tirados en medio de las aceras. Algunos vehículos abandonados, sin ruedas ni puertas, despojados de toda pieza susceptible de ser arrancada, parecían burlarse de su necesidad de encontrar un medio de transporte rápido que los pusiera a salvo de sus perseguidores.

—¡Tío, no puedo más, tío! —protestó Billy Boy jadeando por el esfuerzo.

El Navajas miró al gordo con cara de asco, mas no dijo nada. Le necesitaba para salir de la trampa que les habían tendido aquellos malditos negratos, o para ser más exactos, necesitaba la *pipa* que escondía debajo de la chupa. Billy comía y fumaba como un hijoputa, pero tenía cojones y sabía usar la automática. Él mismo le había visto volarle los sesos a un *tiznado* desde un coche en marcha a más de veinte pasos. Que, además de puntería, tuviera cerebro y fondo físico, era pedir demasiado.

—Aguanta, joder, ya queda poco.

El sucio paisaje urbano que atravesaban se deterioraba más y más a medida que se acercaban al lugar que buscaba el joven pandillero. La luna llena, blanca e impasible, derramaba desde el cielo nocturno una luz mortecina que no hacía sino acentuar el aspecto sórdido y decrepito del laberinto de callejuelas que recorrían. No se veía un alma ni oía el menor sonido, a excepción del repiqueteo de las botas de los dos adolescentes, fantasmagóricamente amplificado por extraños ecos urbanos.

Tras un breve descanso para tomar aire, *el Navajas* empujó al otro hacia un estrecho pasadizo entre dos viejos edificios agrietados cuyas fachadas daban la impresión de ir a derrumbarse en cualquier momento. Después saltaron una valla, atravesaron las antiguas vías del ferrocarril, enmohecidas y herrumbrosas por la falta de uso, y alcanzaron una larga alambrada de casi tres metros de altura que se extendía en ambas direcciones acotando lo que parecía una interminable sucesión de montañas de basura.

El pandillero de la gorra levantó un trozo suelto y ayudó a su obeso y torpe compañero a superar el obstáculo. Billy Boy contempló con desagrado la inmensa colina de malolientes desperdicios que les cerraba el camino ahora, pero antes de que pudiera protestar, el ronroneo de un motor al otro lado de las vías le hizo cambiar de idea y empezó a trepar en pos del *Navajas*. Tras dejarse caer por la otra ladera, salvaron una nueva verja y siguieron corriendo hasta que dejaron de oír voces a sus espaldas.

Una bruma espesa y pegajosa bajaba por los montículos de desperdicios que se levantaban a ambos lados de la estrecha cinta de asfalto, arrastrándose como un animal moribundo. Las dos solitarias figuras se detuvieron para recuperar el resuello.

—¡Ja, ya sabía yo que esos cabrones no tendrían huevos a seguirnos aquí dentro! —se jactó *el Navajas*.

—¿Dónde coño estamos? —preguntó Billy Boy mirando con aprensión alrededor.

—En el puto vertedero, tío. Mi viejo curraba aquí antes de que lo chaparan.

—Joder, aquí apesta cosa mala, colegui.

—Es el delicioso olor de la mierda podrida, macho —se burló *el Navajas*, de excelente humor por haber salvado el pellejo.

Los dos pandilleros reanudaron el camino, internándose más en el siniestro e insalubre lugar. La alambrada que separaba la carretera de las montañas de basura se había derrumbado en muchos sitios. De vez en cuando veían corretear aquí y allá ratas grandes como conejos, y algunas hasta les seguían. Billy Boy pateó una que se le acercó demasiado, estrellándola contra un poste. Las demás empezaron a devorarla sin esperar a que muriera.

—¡Asquerosos animales!

—Bah, pasa de ellas...

—No soporto a las ratas, tío. Además este lugar me da mal rollo. Hay demasiado silencio. ¿Por qué no nos abrimos?

—Eso hacemos, gilipollas —explicó *el Navajas*, apresurando el paso—, pero antes hay que poner millas entre esos jodidos *tiznados* y nuestros sagrados culos.

—Uf, no canees tanto, jodido, que me dejas atrás —se quejó Billy Boy incapaz de seguir el ritmo de su menudo y fibroso compañero.

El Navajas no le hizo el menor caso y continuó alejándose a grandes zancadas. Temblando de terror ante la posibilidad de quedarse solo, el gordo echó a correr tras él, pero antes de que pudiera alcanzarlo una nube cubrió la luna que hasta ese momento había iluminado el camino y fue como si de repente alguien hubiera apagado la luz. Billy Boy, paralizado por el pánico, sintió que se le helaban las venas y se le erizaba el vello de la nuca. No se veía ni oía nada, hasta las alimañas parecían haber desaparecido de repente. Con voz temblorosa, llamó a su colega:

—*Navajas*, tío... ¿Estás ahí? —susurró en la oscuridad.

—¿Dónde coño quieres que esté? —contestó el otro, de mala leche—. ¡Calla! ¿Has oído eso?

En el aterrador silencio que siguió, un largo y profundo aullido atravesó las tinieblas.

—¡OOOOOOUUUUUUUUUHHHH...!

El Navajas no era ningún cobarde. En el barrio donde había crecido, la menor muestra de miedo o debilidad equivalía a iniciar

una rápida carrera como pringao, *culero* y cadáver, no necesariamente por ese orden. Sin embargo, aquel sonido activó en su cerebro un miedo distinto, un miedo mucho más profundo y antiguo: el miedo a los animales que acechan en la oscuridad. Tuvo que hacer uso de toda su sangre fría para no salir corriendo. Ni él ni Billy Boy se atrevieron a moverse hasta que la luna volvió a asomar entre las nubes, iluminando con su pálida luz blanca los rostros demudados de los dos adolescentes.

—¿Qué... qué cojones ha sido eso? —balbuceó Billy Boy mirando nerviosamente alrededor.

—Joder, yo que sé... El puto hombre-lobo del vertedero —bromeó *el Navajas*. Ahora que podía ver de nuevo, sus antiguos temores le parecieron ridículos—. Parecía un perro, ¿no?

—¿Un perro? ¡Una mierda un perro! ¡Pirémonos de aquí cagando hostias!

—Oye, capullo, no pienso perder el culo porque un jodido perro esté aullando a la luna y... —se interrumpió al notar que su compañero miraba con ojos desorbitados algo detrás de él—. ¿Qué coño te pasa ahora? —dijo volviéndose.

Y lo que vio fue... un culo, las musculosas nalgas pálidas y desnudas de una mujer de complexión delgada y atlética; una tía buena sin duda... aunque eso tuvo que imaginárselo porque todo lo que había allí, asomando por el extremo roto de una bolsa de plástico amarillo tirada en el suelo, era la parte inferior de un tronco femenino en avanzado estado de descomposición, seccionado limpiamente por la cintura y los muslos. Las moscas se arremolinaban sobre él y una rata corrió a esconderse. Al fijarse mejor, observó que no era el único pedazo de cuerpo: a pocos pasos yacía un pequeño pie blanco como el mármol. Y en el interior de la bolsa había al menos otro bulto.

Billy Boy agarró al *Navajas* por un brazo y tiró de él.

—Tío, esto es muy chungo, tío. ¡Vámonos de aquí!

—Calla, imbécil. Después de todo, éste es nuestro día de suerte —dijo el otro sacando su navaja automática.

Los expertos ojos del pandillero habían detectado un brillo en el tobillo del cadáver. El cierre de la cadenita era una placa alargada con un nombre grabado: Alice B.

—Ya no necesitarás esto, nena.

El navajas plantó una de sus botas con refuerzos metálicos encima del cortado pie sin el menor miramiento y se embolsó la joya tras hacer saltar el cierre con la punta de su cuchillo.

—Venga, ¡zumbando! —dijo a su compañero, reemprendiendo el camino a paso ligero. Billy Boy le siguió de buena gana, loco por alejarse cuanto antes del macabro lugar.

Cuando volvió a escucharse el aullido, los dos chavales ya casi habían alcanzado la verja que circundaba el vertedero por un sitio distinto al que habían utilizado para entrar y la codicia había sustituido al miedo en las prioridades del gordo.

—Déjame verla, tío. ¿Crees que vale mucho?

—Algo nos dará *el Judío*, hombre... Parece plata.